

«Et tot açò vehia l'emperador de son palau»: Muntaner y la llegada de los almogávares a Constantinopla (una lectura del capítulo 202 de la *Crònica*)^{1*}

Josep Antoni Aguilar Àvila²

Recibido: 27 de septiembre de 2018/ Aceptado: 1 de abril de 2019

Resumen. El presente artículo analiza el capítulo 202 de la *Crònica* de Ramón Muntaner, que narra la llegada a Constantinopla de la Compañía Catalana en septiembre de 1303 y el combate que poco después enfrentó al ejército almogávar con un contingente genovés en las afueras de la ciudad. De una parte, se examina la versión que Muntaner da de los hechos a la luz de la ofrecida en la *Historia* de Jorge Paquimeres, ejercicio del que se desprende que el cronista catalán silencia deliberadamente los detalles más controvertidos del episodio. De otra parte, se identifican los principales mecanismos narrativos de los que Muntaner se sirve para forjar su relato, que remiten a motivos presentes en la tradición del *roman courtois*.

Palabras Clave: Ramón Muntaner; Jorge Paquimeres; Compañía Catalana; Constantinopla; Andrónico II; Rosso de Finale; ticoscopía; motivos narrativos

[en] «Et tot açò vehia l'emperador de son palau»: Muntaner and the arrival of the Almugavars at Constantinople (an analysis of chapter 202 of the *Crònica*)

Abstract. This article analyses chapter 202 of Ramon Muntaner's Chronicle, devoted to the arrival of the Catalan Company at Constantinople in September 1303 and the bloody clash that shortly after broke out between Catalans and Genoese in the outskirts of the city. On the one hand, it examines Muntaner's depiction of the events in the light of the version found in George Pachymeres' *History*, thus adopting a comparative approach from which emerges the fact that the Catalan chronicler deliberately silences the most controversial aspects of these historical episodes. On the other hand, it identifies the main narrative devices upon which Muntaner relies to craft his account, which seem to be reminiscent of literary motifs present in the *roman courtois* tradition.

Keywords: Ramon Muntaner; George Pachymeres; Catalan Company; Constantinople; Andronicus II; Rosso de Finale; teichoscopy; narrative motifs

Sumario. 1. Introducción. 2. El desembarco y las bodas de Roger y María Asanina. 3. El recelo de los genoveses. Rosso de Finale. 4. La batalla y sus causas: Muntaner vs. Paquimeres. 5. La vista desde Blanquerna. 6. La recreación literaria muntaneriana: visión ticoscópica y discurso directo de Andrónico. 7. La resolución del conflicto: un nuevo silencio de Muntaner. 8. Andrónico y la amenaza turca. 9. Conclusión. Bibliografía.

Cómo citar: Aguilar Àvila, J. A. (2020). «Et tot açò vehia l'emperador de son palau»: Muntaner y la llegada de los almogávares a Constantinopla (una lectura del capítulo 202 de la *Crònica*), en *Revista de Filología Románica* 37, 13-26.

1. Introducción

Entre la narrativa histórica de Ramón J. Sender, *Bizancio* destaca como una de sus novelas más ambiciosas³. En ella, el escritor aragonés refiere las vicisitudes de la Compañía Catalana, que, al mando de Roger de Flor, pasó en 1303 a tierras del Imperio Romano de Oriente para servir al emperador Andrónico II Paleólogo en su lucha contra los turcos de Asia Menor. El relato, en cuya redacción el autor combinó el uso de fuentes como la *Crònica* de Ramón Muntaner o la *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* de

¹ El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación «La cultura literaria medieval y moderna en la tradición manuscrita e impresa (VI)» (FFI2017-83960-P), que se desarrolla en la Universidad de Valencia con el apoyo del Ministerio de Ciencia e Innovación.

² Departamento de Lengua y Literatura
Universidad Católica de Valencia
josepantoni.aguilar@ucv.es

³ Acerca de esta novela, véase el estudio de Salguero (2001).

Francisco de Moncada con otros elementos surgidos de su rica y siempre estimulante imaginación, se abre con el desembarco de los almogávares en los muelles de Constantinopla. Con una prosa ágil y de tono colorista, Sender refiere la recepción que los emperadores Andrónico II y Miguel IX dispensan a los líderes de la Compañía y el desfile de las tropas por la ciudad camino del palacio de Blanquerna, con las cúpulas de Santa Sofía refulgiendo bajo el primer sol de la mañana (en una escena que recuerda al famoso cuadro decimonónico *Entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, de José Moreno Carbonero). Naturalmente, además de Roger y de su esposa, la princesa búlgaro-bizantina María Asanina, uno de los personajes principales de la novela es el propio Ramón Muntaner, presentado en la ficción como un «sutil político» (Sender 2000: 28) y versado hombre de letras que recorre las calles de la capital bizantina en busca de antiguos pergaminos griegos, pero también como un mujeriego que al caer la noche se lanza junto a sus compañeros «a picardear por los barrios de la marina, en la parte baja de Pera» (Sender 2000: 33).

No siempre resulta sencillo precisar en qué medida el Muntaner que aparece en la novela se aproxima o difiere del Muntaner histórico. Desde luego, se antoja hartó difícil que a este último pudieran interesarle las traducciones griegas que hizo Planudes de las *Metamorfosis* o las *Heroidas* de Ovidio (Sender 2000: 32); de hecho, sus gustos literarios incluían más bien los cantares de gesta, los *romans* de la materia de Bretaña y la lírica trovadoresca⁴. Por otra parte, parece que no sabremos nunca si las dotes de seductor que Sender le atribuye tuvieron o no alguna base real, ni tampoco si tuvo realmente la oportunidad de familiarizarse con la gran urbe de la cristiandad oriental o de frecuentar la corte imperial de los Paleólogos. Es un hecho que, aunque a lo largo de su *Crònica* Muntaner⁵ describe con cierta estimación admirativa algunos de los escenarios en que se desarrollan los hechos que relata – pondera, por ejemplo, la majestuosidad del castillo de Xátiva (cap. 9, II, p. 47), la ubicación casi inexpugnable del de Augusta (cap. 107, II, p. 583) o la belleza del puerto de Brindisi (cap. 194)–, casi no nos explica nada acerca del aspecto de Constantinopla, ciudad que en la época de la Compañía había recuperado parte del esplendor perdido tras el desastre de 1204, gracias en buena parte al programa de construcciones puesto en marcha por el primer emperador Paleólogo, Miguel VIII, padre de Andrónico II.⁶ En las páginas muntanerianas dedicadas a la expedición de los almogávares a Bizancio no hallaremos más que unas pocas alusiones, dispersas y de trazo rápido, a algunos lugares situados en la ciudad o en sus alrededores: el palacio imperial de Blanquerna, residencia principal de Andrónico (cap. 202); la colonia genovesa de Pera, al norte del Cuerno de Oro (*ibid.*); los vertederos de la ciudad, en los que se agolpaban, sucios y hambrientos, los refugiados que huían de las incursiones turcas en Asia Menor (cap. 203); y uno de los jardines imperiales ubicados en las afueras de la ciudad (cap. 221; se trata, quizá, del Filopation, justo enfrente de los muros de Blanquerna). Eso es todo: nada que pueda competir en nivel de detalle con las descripciones de las *mirabilia urbis Constantinopolitanae* que pueden leerse, por ejemplo, en la obra de Robert de Clari⁷.

Claro está que, a diferencia de los cruzados francos de 1204, que conquistaron la ciudad y la gobernaron por cerca de seis décadas, el paso de los almogávares por Constantinopla fue mucho más fugaz en el tiempo: duró a lo sumo unas pocas semanas del mes de septiembre de 1303, hasta su marcha a las partes más orientales del Imperio (Marcos 2005: 131). Nunca más regresaría ya el grueso del ejército mercenario a la ciudad de Constantino, aunque lo hiciera en varias ocasiones su líder, el megaduque y más tarde César Roger, principalmente para reclamar del emperador los estipendios debidos a sus hombres. Las principales aventuras de la Compañía relatadas en la *Crònica* se concentran en otras ciudades y villas de las regiones de Anatolia, Macedonia o Tracia, pero Constantinopla está casi ausente del relato muntaneriano: en efecto, si dejamos a un lado algunas menciones puntuales a la ciudad como lugar de paso de tal o cual personaje, y un par de episodios que cabe interpretar como acaecidos en la corte imperial⁸, Constantinopla tan solo aparece como escenario en que se desarrollan algunos hechos relevantes en el cap. 202 del libro, que es el que refiere, precisamente, la llegada de los almogávares a Bizancio, las bodas de Roger de Flor con la princesa María y la batalla campal en que se enzarzaron catalanes y genoveses a las afueras de las murallas teodosianas. A analizar más detenidamente el modo en que Muntaner plasma en la *Crònica* estos primeros episodios de las andanzas de la Compañía están dedicadas las páginas que siguen.

2. El desembarco y las bodas de Roger y María Asanina

El relato de la llegada de la Compañía a Constantinopla se inicia con una inexactitud histórica por parte de Muntaner, imputable quizá a un fallo de su memoria (recordemos que el ampurdanés empezó a escribir su

⁴ Sobre la cultura literaria de Muntaner y su influencia en la escritura de la *Crònica*, véanse Sobré (1978); Muntaner (2015: I, 229-268).

⁵ Todas las citas de la *Crònica* anteriores al cap. 146 de la misma son tomadas de Muntaner (2015); en adelante, indicaré en estos casos capítulo, volumen y página en que se encuentran. Con respecto a las citas posteriores al cap. 146, citaré según mi edición *in fieri* del resto de la obra, indicando en cada caso número de capítulo.

⁶ Sobre esta cuestión, véase Talbot (1993: 249-261).

⁷ Acerca de estas descripciones, véanse Van der Vin (1980: I, 75-80); Legros (1999).

⁸ El primero de estos episodios lo encontramos en los caps. 211-212, que recogen la creación de Roger como César y la de su amigo Berenguer de Entenza como megaduque, y que es casi todo él una pura invención del peraladense, como señala Marcos (2005: 183-196); el segundo puede leerse en el cap. 216, donde se narra el desafío a los emperadores por parte de los emisarios de la Compañía tras el asesinato de Roger de Flor.

Crònica en 1325, veintidós años después de que tuvieran lugar los hechos que ahora nos ocupan). Según la *Crònica*, cuando los almogávares «foren en Contestinoble, l'emparador, lo pare e-l fill, los reeberen ab gran goig et ab gran plaer, e totes les gents de l'emperi» (cap. 202). Naturalmente, los dos emperadores, padre e hijo, a los que se alude en el texto son Andrónico II y su primogénito Miguel IX, asociado al trono imperial ca. 1294, pero hay una razón de peso por la que la recepción dispensada a los catalanes no pudo producirse tal como Muntaner la cuenta: lisa y llanamente, por aquel entonces Miguel no se encontraba en Constantinopla, sino en Pegai, Anatolia, enfermo y humillado tras haber fracasado estrepitosamente en su intento de frenar la invasión de los turcos en la región⁹.

Aunque no lo explican ni Muntaner ni la otra gran fuente sobre la expedición de la Compañía a Bizancio, la *Historia* del griego Jorge Paquimeres,¹⁰ de la lectura atenta de sus relaciones puede conjeturarse que, con toda probabilidad, el ejército de Roger de Flor desembarcó en los muelles del Cuerno de Oro, en aquella época el área de máxima actividad portuaria y comercial de la ciudad, impulsada sobre todo por las repúblicas marineras italianas, que desde fines del siglo XI habían recibido de los emperadores bizantinos importantes concesiones territoriales en la zona: en la ribera meridional del Cuerno, por ejemplo, se hallaba el suburbio veneciano de Pérama; en la norteña, la próspera colonia genovesa de Pera¹¹. Además, desde la recaptura de Constantinopla por los bizantinos en 1261, buena parte de la aristocracia y de los grupos sociales más influyentes habían convertido el noroeste de la ciudad en el punto preferido para construir sus mansiones¹²; de hecho, allí se alzaba el recinto del palacio de Blanquerna, residencia principal de los emperadores de la dinastía Paleóloga (como veremos, el palacio desempeña un papel muy destacado en el relato de Muntaner).

En su cuadro, Moreno Carbonero imaginó a los almogávares marchando, calzados con sus abarcas, por las calles de Constantinopla, recubiertas de hojas de mirto para celebrar su llegada. Sin embargo, tal imagen seguramente nunca llegó a producirse: no parece plausible que los bizantinos pudieran acoger a un ejército mercenario extranjero, con fama además de indisciplinado, dentro de sus murallas. Lo más probable es que la Compañía fuera instada a acampar extramuros, en las inmediaciones del Kosmidion, el complejo que albergaba el antiguo monasterio de San Cosme y San Damián, a la vista del palacio de Blanquerna¹³. Cabe recordar que, ya en el pasado, otras expediciones procedentes de Occidente habían asentado sus cuarteles en esta misma área, aparentemente apta para acoger grandes contingentes militares. Así, durante la Primera Cruzada, un Alejo I Comneno receloso ante las oleadas de ejércitos francos que llegaban a Constantinopla había dispuesto que estos se albergasen muy cerca del Kosmidion y no dentro de los muros, seguramente a fin de garantizar la seguridad de la ciudad¹⁴. Poco más de un siglo después, en 1203, los cruzados de Balduino de Flandes y Bonifacio de Montferrato acamparon, como señala Villehardouin, «entre le palais de Blaquerne et le chastel Buimont, qui ere une abaïe close de murs» (Villehardouin 1938-1939: I, 164), punto desde el cual establecieron el primero de los dos cercos a que Constantinopla fue sometida a lo largo de la Cuarta Cruzada.

Explica Muntaner que, al poco de desembarcar Roger y de ser recibido por la familia imperial, se celebraron sus nupcias con la princesa María. Ni él ni Paquimeres nos dan pista alguna sobre el lugar en que fue oficiado el enlace, pero resulta razonable pensar que fuera el mismo palacio de Blanquerna, en donde en época de los Paleólogos solían desarrollarse buena parte de las ceremonias que conformaban el sofisticado protocolo de la corte bizantina¹⁵. El autor de Peralada refiere la boda sin entrar en muchos detalles, recurriendo a los clichés formularios con los que suele resolver este tipo de situaciones narrativas, es decir, aludiendo a la juventud de la esposa y ensalzando de modo hiperbólico su belleza, inteligencia u otras cualidades semejantes («la naboda de l'emperador, [...] era de les beyles donzelles et de les sàvies del món, e havia entrò a XVI anys», cap. 202), para a continuación referirse al clima de regocijo que reinó durante la celebración de la boda («et les noçes se faeren ab gran alegre et ab gran pagament», *ibid.*). Lo que, en cambio, Muntaner sí que explica es que, durante los festejos, como si se tratase del corolario de los mismos, el emperador dispuso que a cada miembro de la Compañía le fuera pagada la soldada de cuatro meses («Et fo feta paga de IIII meses a tothom», *ibid.*).

3. El recelo de los genoveses. Rosso de Finale

En 1303, cuando tuvieron lugar los hechos relatados por Muntaner, la república de Génova ejercía una destacada posición de influencia en el rumbo de la economía y la política del Imperio Bizantino. Esta pujanza hundía sus raíces en la firma del Tratado de Nínfeo (1261), por el que, entre otras concesiones, los genoveses habían recibido del emperador Miguel VIII un buen número de ventajas aduaneras y comerciales, además de

⁹ Como se explica, por ejemplo, en Paquimeres (1984-2000: IV, 426-428). Sobre este punto, véase también Marcos (2005: 123).

¹⁰ Paquimeres (1984-2000: IV, 430). Para una lectura comparada entre este autor y la *Crònica* muntanerià, véase Rubió i Lluch (1927).

¹¹ Sobre la presencia de las repúblicas marineras italianas en el Cuerno de Oro, véase Magdalino (2007: 219-220).

¹² Véanse Kidonopoulos (1994: 236-242); Schrijver (2013: 32-33).

¹³ Sobre el Kosmidion, véase Janin (1969: 286-289); Mango (1994: 189-192), donde se cuestiona la hipótesis de Janin y se propone una ubicación del monasterio más cercana a las murallas a la ciudad; Çetinkaya (2018), que aporta recientes e interesantes hallazgos arqueológicos.

¹⁴ Así lo cuenta, por ejemplo, Ana Comnena (1989: 418-419); véase Harris (2014: 63).

¹⁵ Marcos (2005: 126). En relación con el ceremonial bizantino en época paleóloga, véase Macrides - Munitiz - Angelov (2013).

algunos puertos y plazas importantes en territorio bizantino¹⁶. La alianza entre los Paleólogos y Génova se había mantenido firme con la llegada al poder de Andrónico II, bajo cuyo reinado se cimentó la prosperidad económica de la colonia de Pera, principal puerto de acceso al lucrativo comercio del Mar Negro¹⁷. De hecho, en su relato Muntaner habla de la riqueza del enclave (al que se refiere como «En Pera, qui és una vila triada de genoveses, en què era tot lo tresor e les mercaderies de genoveses», cap. 202)¹⁸, y subraya la dependencia económica y financiera que el emperador Andrónico tenía con respecto al común ligur. También señala que los genoveses recibieron la noticia de la llegada de los catalanes con recelo, preocupados porque este hecho pudiera afectar a la privilegiada situación de la que gozaban («Mas si ells [*scil.* los bizantinos] n'eren alegres, los genoveses n'eren dolents, que ben veÿen que si aquesta gent hi durava, que ells havien perduda la honor e la senyoria que ells havien en l'emperi; que l'emperador no gosava fer sinó ço que ells volien, et d'aquí avant no·ls prehara res», *ibid.*).

Cabe advertir que, en la época que nos concierne, Génova y la Corona de Aragón estaban en paz, si bien la larga relación de entendimiento y cooperación mantenida por ambas potencias desde el siglo XII había experimentado un claro desgaste entre finales del XIII e inicios del XIV, a medida que se había ido intensificando la presencia de Aragón en el Mediterráneo¹⁹. El paulatino deterioro de las relaciones puede constatarse en las fuentes del periodo, que registran un buen número de incidentes bélicos navales (en su mayoría acciones de piratería contra naves mercantes) en los que se vieron involucradas embarcaciones catalanas y ligures. Una de estas fuentes son los *Annales Ianuenses* de Iacopo Doria, autor que achaca la responsabilidad de los choques a las bravatas que los soberbios catalanes dirigían a los genoveses dondequiera que se los encontraban («Catalani in tantam erant elati superbiam, quod cottidie in Sicilie et ubique improperebant homines Ianue», Doria 1863: 341), del mismo modo en que Muntaner habla en su relato del orgullo y las provocaciones genovesas. En cualquier caso, la presencia de la Compañía en Bizancio significó un nuevo jalón en la rivalidad catalano-genovesa, que devendría hostilidad abierta tras la conquista de Cerdeña por Jaime II (Ferrer i Mallol 1996: 822) y desembocaría en una cruenta guerra entre 1330-1336. En este sentido, conviene tener presente que, aunque el relato de Muntaner nos habla de unos sucesos acaecidos en 1303, lo hace desde la perspectiva de alguien que escribe entre los años 1325-1328, un periodo prebélico en el que la república marítima ya no era simplemente un rival, sino un enemigo declarado de Aragón.

Entre quienes con sus acciones contribuyeron a enturbiar las relaciones entre Génova y la Corona encontramos la figura de Rosso de Finale o de Finar, precisamente el «malvat hom» (cap. 202) genovés que, según Muntaner, originó la pelea con los catalanes ante los muros de Constantinopla. Este veterano hombre de mar, cuyo nombre aparece ya en un documento de 1276²⁰, protagonizó a comienzos del siglo XIV varios actos piráticos contra comerciantes súbditos de Jaime II de Aragón. En efecto, en 1301 al menos cuatro embarcaciones catalanas, cargadas fundamentalmente de mercancías textiles, fueron asaltadas en aguas del Cabo de Creus por un leño armado capitaneado por el genovés, que gracias a aquellos golpes pudo amasar un pingüe botín. Los afectados recurrieron al rey de Aragón, quien en octubre de ese mismo año dirigió una misiva a las autoridades genovesas para exigirles una reparación en favor de los citados mercaderes por lo sucedido, además de escribir una carta a su hermano Federico, rey de Sicilia, exponiéndole el caso e instándole a aprehender la embarcación del tal Rosso si esta se dejaba ver por aguas sicilianas, a fin de lograr la recuperación de las mercancías sustraídas o, cuando menos, la restitución del valor de las mismas²¹.

4. La batalla y sus causas: Muntaner vs. Paquimeres

Explica Muntaner que durante las celebraciones nupciales se presentaron ante el palacio de Blanquerna, movidos «per lur supèrbia» (*ibid.*), un grupo de genoveses de la vecina Pera. Al parecer, su cabecilla era el tal Rosso de Finale, quien a modo de provocación portaba una bandera del común de Génova (aunque la *Crònica* no da más detalles sobre el aspecto de la enseña, puede suponerse que en ella aparecía representada la cruz de San Jorge, o bien la figura del mismo santo a caballo dando muerte al dragón con la lanza)²². Al sentirse desafiados por los genoveses, un tropel de almogávares y marinos catalanes, acompañados por treinta escuderos a caballo y dotados de armamento ligero, decidieron salirles al paso enarbolando un estandarte con las armas de la casa de Aragón, sin que ni el megaduque Roger ni ningún otro oficial de la hueste pudiera disuadirles de su intento. Así comenzó un enfrentamiento de grandes proporciones entre ambos bandos, que a la postre se decidió con

¹⁶ Existe abundante bibliografía sobre el carácter y el impacto del tratado de Nínfeo en las economías bizantina y genovesa: véanse, por ejemplo, Manfroni (1896-1898: 655-656); Balard (1978: I, 42-45); Origone (1992: 119-123); Epstein (2004: 100-108).

¹⁷ Balard (1978: I, 179-198); Magdalino (2007: 76).

¹⁸ La forma topónimica con que Muntaner se refiere a la colonia genovesa aparece también en otros textos catalanes de la época, como este documento de 1361: «VIII anys són passats o aquèu entorn que lo dit Guillem vinent de Mar Major et anant e *Empera* ab una nau de janoveses [...]» (Duran 2003: 211, doc. 9).

¹⁹ Ferrer i Mallol (1996) ofrece un completo panorama de la evolución de las relaciones diplomáticas entre Génova y Aragón durante este periodo.

²⁰ El documento en cuestión puede leerse en Salvi (1933: 150 y 203, doc. XLVII).

²¹ Ferrer i Mallol (1996: 815); la carta de Jaime II a Federico, dada en Zaragoza a 1 de octubre de 1301, puede leerse en ACA, Cancillería, *Comune*. Reg. 119, ff. 36v-37a.

²² Sobre estos símbolos, véanse Pavoni (1981); Pistarino (1992: 60-61).

una dura carga de los infantes y jinetes catalanes en la que cayeron muertos el tal Rosso junto a 3.000 de sus compatriotas:

E mentra aquesta festa era tan gran, jenoveses, per lur supèrbia, mogren batayla ab los cathalans, sí que la brega fo molt gran. Et un malvat hom qui havia nom Russo de Ffinar, trasch la senyera dels jenoveses, et vengren d'En Pera davant lo palau de Blanquerna. E los nostres almugàvers et hòmens de mar exiren a ells, que hanc lo magaduch ne·ls richs-hòmens ne·ls cavallers no·ls pogueren tenir; et anaren-se'n deffora ab I penó reyall, et ab ells anaren solament tro a XXX escuders ab cavalls alfforrats.

Et con foren prop los uns dels altres, los XXX escuders van brochar et van tal ferir là hon era la senyera dels jenoveses, que abateren a terra aquell Rosso de Finar, et los almugàvers van ferir en ells. Què us diré? Que aquí morí aquell Rosso de Ffinar et més de III míllia jenoveses (*ibid.*).

La muerte del líder enemigo no detuvo, sin embargo, la masacre: mientras perseguían a los genoveses fugitivos, alguien de entre los catalanes tuvo la idea de ir a saquear Pera, que en aquella época todavía no estaba protegida por murallas («Et con la senyera dels jenoveses fo en terra, et En Rosso mort, et d'altres honrats hòmens, los almugàvers, matan lurs enemichs, volien anar barrejar En Pera», *ibid.*)²³. Así, Muntaner presenta el episodio como una rotunda victoria de las gentes de la Compañía, que de haberlo querido hubieran podido hacerse, sin hallar ninguna oposición, con las riquezas de la próspera colonia.

Conviene contrastar la versión de los hechos ofrecida por el cronista de Peralada con la de la *Historia* de Paquimeres, que aporta algunos detalles ausentes en aquella y que revisten cierto interés²⁴. En primer lugar, Paquimeres describe de modo más explícito que Muntaner el escenario en que se desarrolló el combate y las posiciones que en él ocuparon los dos bandos en conflicto: según su relato, los catalanes, cuya base de operaciones era el Kosmidion, decidieron hacerse fuertes en el monasterio; por su parte, los genoveses procedieron a construir barricadas en la orilla del Cuerno de Oro, para desde allí hostigar al enemigo con los proyectiles de sus ballestas. Por otro lado, cabe destacar que el historiador griego no precisa a favor de quién se inclinó la balanza de la contienda; se limita, por el contrario, a hablar de un cruel enfrentamiento en que unos y otros sufrieron grandes pérdidas. Pero quizá el detalle más interesante de su versión es la explicación que da sobre el origen de la trifulca, que difiere por completo de la que hemos leído en Muntaner. Al parecer, estando Roger todavía en Sicilia, preparando la marcha de la Compañía a Bizancio, había comprobado que no disponía ni de las embarcaciones necesarias para trasladar a un ejército tan numeroso como el que había reclutado ni de los recursos pecuniarios para sufragar los gastos de la expedición. Por ello, había recurrido a los genoveses, que le habían concedido un generoso préstamo de 20.000 *nomismata*, además de poner a su disposición los barcos que le hacían falta. Es decir, que los colonos de Pera que se presentaron ante el palacio de Blanquerna durante las bodas no lo hicieron –al menos no únicamente– porque viesan en la llegada de la Compañía una amenaza a la continuidad de su hegemonía en la zona, sino para reclamar el pago de lo que se adeudaba a sus compatriotas. Según Paquimeres, los catalanes se negaron a pagar, alegando que, como el dinero había sido empleado en servicio del emperador, era a él a quien debían presentar su reclamación, respuesta que no convenció a los ligures. Poco a poco, la disputa fue subiendo de tono y degenerando en una confrontación violenta.

Es bien sabido que, al introducir en la *Crònica* la figura de Roger de Flor, Muntaner se presenta como un testigo privilegiado de las gestas que el personaje llevó a cabo desde sus primeras aventuras en Sicilia hasta su paso a Grecia y Asia Menor. El catalán, en efecto, reivindica la veracidad de su relato en tanto que hombre de la máxima confianza de Roger y persona de grandes responsabilidades dentro de la Compañía, circunstancias que le permitieron conocer a fondo, mejor que nadie, los pormenores de aquella expedición:

De les quals meraveyles nuyl hom tan vertaderament no·n poria recomptar la veritat con yo fas: que fuy en Sicília, en la sua prosperitat, procurador general seu, et puy en Romania fuy tresorer et maestre racional seu, e cabí en tots los seus afers majors que ell féu, et per mar et per terra; per què cascuns me'n devets creure (cap. 193).

Siendo Muntaner, como efectivamente lo era, un personaje tan próximo a Roger y responsable de la administración y la contabilidad del ejército, el lector no puede evitar preguntarse si podía desconocer cuáles eran los motivos que habían llevado a los genoveses a concentrarse ante Blanquerna. Consta que tras las reiteradas profesiones de verdad muntanerianas («jo no vull en aquest libre metre mas ço qui és vera veritat», cap. 243) suelen ocultarse en realidad medias verdades, mentiras piadosas, manipulaciones evidentes y silencios clamorosos: de hecho, en algunas ocasiones a lo largo del libro el autor declara explícitamente autocensurarse para no abordar ciertos episodios, particularmente aquellos en los que su querida Casa de Aragón o los guerreros que la sirven no saldrían particularmente bien parados²⁵. Con estos antecedentes, resulta razonable pensar que

²³ La primera cinta muraria de la colonia sería construida en 1313 bajo las órdenes del *podestà* Montano de Marini: véase Balard (1998: 70).

²⁴ Paquimeres (1984-2000: IV, 436); véanse Marcos (2005: 127-128); Jacoby (2015: 154-155).

²⁵ En palabras de Hauf (2004: 61), es habitual que en la *Crònica* «se sacrifiquen els fets històrics capaços d'enterbolir la visió idealitzada que hom proposa constantment al lector». Acerca de algunos de los silencios y tergiversaciones del cronista, véase Aguilar (2007: 111-123).

estamos ante un nuevo caso de disimulación por parte de Muntaner, una idea que parecen reforzar algunos indicios que serán abordados en adelante.

5. La vista desde Blanquerna

Uno de los aspectos más interesantes del relato de Muntaner es la importancia que le concede a la perspectiva del personaje de Andrónico II, que observa toda la escena de la batalla desde su palacio y expresa su aprobación ante la belicosidad de los catalanes en un jocoso y entusiasta comentario:

Et tot açò vehia l'emperador de son palau, et havie'n gran goig et gran alegre, sí que dix davant tuyt:
 –Ara han trobat jenoveses qui abatrà lur erguyl! Et és gran rahon, que a gran colpa dels jenoveses se són moguts los cathalans (cap. 202).

El palacio de Blanquerna estaba situado en la esquina noroccidental de Constantinopla, protegido al norte por las murallas que daban al Cuerno de Oro y al oeste por las de Teodosio. Fue construido hacia finales del siglo XI por el emperador Alejo I, y ampliado y enriquecido en el XII durante el reinado de Manuel I²⁶. Aunque hoy desaparecido, podemos hacernos una idea de la suntuosidad del edificio gracias a las descripciones y noticias que sobre él se hallan en numerosas fuentes del periodo (Nicetas Coniates, Odo de Deuil, Benjamín de Tudela, Robert de Clari o Geoffroi de Villehardouin, entre muchas otras), que hacen hincapié en detalles como, por ejemplo, la fastuosa decoración de sus interiores, en cuyas paredes, recubiertas de materiales nobles como el mármol, el oro y diferentes tipos de piedras preciosas, el visitante podía admirar una gran abundancia de ricos mosaicos historiad²⁷. Todo este esplendor fue pasto del expolio al que los cruzados sometieron la ciudad en 1204; de hecho, parece que durante la dominación latina el mantenimiento del palacio no fue llevado a cabo en condiciones óptimas y que, en consecuencia, su belleza se resintió. Por esta razón, al recuperar Miguel VIII Constantinopla en 1261, ordenó que Blanquerna fuera remozado a fondo²⁸, tarea restauradora que fue continuada por su hijo Andrónico II. Así, en la época de Muntaner, cualquier visitante del palacio se hubiera encontrado en un espacio que por entonces había recuperado al menos una parte de su antigua opulencia. Pero otra de las características más reconocibles del palacio de Blanquerna era su altura: en efecto, de la lectura de las fuentes se desprende que se trataba de un edificio de varios pisos, que se alzaba majestuoso por encima de los muros de la ciudad (Schrijver 2013: 57-59). Así, desde sus ventanas y miradores podía divisarse, al norte, la ribera allende del Cuerno de Oro y la genovesa Pera; al oeste, el paisaje extramuros de la ciudad, con el Kosmidion y, un poco más lejos, los jardines imperiales del Filopation, lugar de caza y recreo de los emperadores bizantinos²⁹; y al sur y al este, la misma urbe, el estrecho del Bósforo y el mar de Mármara. Desde Blanquerna el emperador podía presidir paradas militares: de hecho, gracias a Paquimeres sabemos que en 1281 se celebró un triunfo ante el palacio para celebrar la reciente victoria bizantina sobre las tropas de Carlos I de Anjou en la batalla de Berat, y que en el mismo se obligó a tomar parte a los prisioneros angevinos. Estos, exhibidos como un trofeo de guerra, desfilaron bajo la mirada del emperador Miguel VIII, que desde lo más alto del alcázar contemplaba los festejos y se dejaba contemplar a la multitud allí congregada para tomar parte en las celebraciones³⁰.

6. La recreación literaria muntaneriana: visión ticoscópica y discurso directo de Andrónico

Resulta perfectamente plausible, pues, que desde su palacio el emperador Andrónico II pudiera contemplar lo que sucedía fuera de los muros de la ciudad entre la Compañía y los genoveses de Rosso de Finale. Sin embargo, y a pesar de dicha verosimilitud, lo cierto es que en la narración del episodio –como en tantas otras páginas de la *Crònica*– lo real y lo ficticio aparecen entreverados tan estrechamente que la frontera entre ambos territorios se torna muy porosa. En este sentido, es bien sabido que la ticoscopia (esto es, incorporar, al referir una batalla, la perspectiva de un personaje que la observa desde una posición elevada) es un recurso narrativo cuya presencia en la literatura universal puede rastrearse al menos desde Homero (*Iliada*, canto III, vv. 121-244). En el periodo medieval, esta técnica comparece en multitud de canciones de gesta y *romans* en verso y en prosa, y se despliega mediante el uso de un conjunto de clichés situacionales muy característicos³¹. Así, unas veces la persona que mira desde lo alto (puede encontrarse sobre los muros de una ciudad, en una torre, en las almenas de un castillo o en la ventana de un palacio de cierta altura) contempla la llegada de un poderoso ejército invasor; en otras, como un caballero, solo o ayudado por sus compañeros, se enfrenta heroicamente a sus enemigos, normalmente superiores en número. Casi invariablemente, el texto ofrece la reacción del observador

²⁶ La aportación más reciente y completa sobre la historia y la apariencia de Blanquerna es la de Schrijver (2013: 22-81).

²⁷ Un resumen sobre los datos aportados por estas fuentes puede leerse en Van der Vin (1980: I, 284-287).

²⁸ Talbot (1993: 250-251).

²⁹ Sobre el Filopation, véase el trabajo de Maguire (2000: 252-254).

³⁰ Sigo aquí el relato de Paquimeres (1984-2000: II, 648-652).

³¹ Sobre la técnica de la ticoscopia en la épica medieval, véase Frappier (1955-1983: I, 112 y 265-266); Martin (1987); Rychner (1999: 130).

ante lo que ve, que adopta la forma de un pensamiento o un parlamento que subraya su estado de ánimo en ese mismo instante (miedo o desesperación al verse asediado por un rival muy poderoso, alegría ante el triunfo de los suyos, admiración al constatar el comportamiento de un determinado guerrero en el campo de batalla, etc.). Veamos un conocido ejemplo de ticoscopía en *Le Chevalier au Lion* de Chrétien de Troyes (vv. 3184-3204), en el que Yvain, apoyado por un contingente de hombres, hace frente al ataque de los caballeros del conde Alier, mientras es observado desde lo alto del castillo por la dama de Noroison y su corte. Asombrados por la bravura del héroe, los espectadores dedican a sus proezas un largo comentario elogioso:

Et la dame fu en la tour
de son chastel montee en haut,
 et vit le mellee et l'assaut
 au pas desraingnier et conquerre,
 et vit assés jesans par terre,
 des afolés et des malmis
 des siens et de ses anemis,
 mais des autres plus que des sienz,
 car li courtois, li plains de bienz,
 mesire Yvains tout autresi
 les faisoit venir a merchi
 com li faucons fait les cerchelles.
Et disoient et chil et cheles
qui el chastel dedens estoient,
qui les batailles regardoient:
«Ahi, com vaillant sodoier!
Com fait ses anemis ploier!
Com roidement il les requiert!
Tout autresi entr'eus se fiert
com li lions entre les dains
quant l'angousse et cache li fains [...]» (Troyes 1994: 246-248).

Es habitual que los pensamientos o las palabras que la escena contemplada suscita en el personaje que mira sean reproducidos en estilo directo en el pasaje en cuestión, aunque tampoco resulte extraño el uso del estilo indirecto. Las dos variantes pueden apreciarse en el siguiente fragmento del *Tristan* en prosa, en el que encontramos a Lanzarote combatiendo solo contra cuatro caballeros del Castel Uter. El narrador nos ofrece los elogiosos comentarios que dedican al caballero de la Mesa Redonda los guerreros de la guarnición del castillo, que observan atentamente la lucha desde las almenas:

Grant pieche dure la bataille en tel maniere que nus ne les veüst adont ki peüst mie legierement connoistre qui en avoit le meillour, u Lanselos u li .IIII. cevalier. *Chil des cretiaus, ki la bataille regardoient, quant il l'ont une grant piece regardée et il voient le contenment Lanselot, l'aspreche qui en lui estoit et la vistece et il voient d'autre part le contenment des .IIII. cevaliers, il dient tout apertement k'il ne virent onques mais a nul jour un si preudome n'ausi boin cevalier com chis est.* Il lour est bien avis sans doute que au daerrain ne porront encontre lui durer li .IIII. chevalier du castel, ains les metra tous a mort et a desconfiture. *«Par Sainte Crois», fait uns viex cevaliers, ki desus les cretiaus estoit et qui avoit des le commencement mout ententivement regardée la bataille. Il dist a chiaus ki entour lui estoient: «Par Sainte Crois, il les metra tous quatre a desconfiture u a mort, et ançois que la nuis venist en ociroit il teus .X. com cist cevalier sont. Et saciés tout certainement k'il est bien mestiers que li chevaliers du castel viengne tost, car cist quatre sont mort et honni s'il ne s'enfuient»* (*Le Roman de Tristan en prose* 1987-1997: I, 93-94).

En la composición de la *Crònica muntaneriana* se manifiesta de manera muy clara la influencia de las preferencias literarias de su autor, que, como ya ha sido dicho, pasaban fundamentalmente por los mundos de la épica y de la novela de aventuras artúrica. Dicha influencia se deja ver no solo en el uso por parte del cronista del lenguaje formulario propio del arte juglaresco, o en su gusto por comparar de modo explícito las hazañas del rey de Aragón y sus caballeros con las de héroes como Roldán, Oliveros, Lanzarote o Tristán³², sino también en el recurso a ciertos motivos temáticos y argumentales al recrear no pocos de los hechos recogidos en el libro: consta, por ejemplo, que su relato de la concepción de Jaime I presenta algunos paralelismos con la historia del engendramiento de Galaad en el *Lancelot* en prosa (Bohigas 1982: 279-282); que el episodio del último hecho de armas en que toma parte el propio rey Jaime, ya impedido y moribundo, se asemeja bastante al de la última batalla de Uterpendragón en la tradición artúrica (Aguilar 2012: 227-230); o que el modo en

³² Tal como señala Badia (1993: 28) a propósito de los recursos de los que Muntaner se sirve para construir a sus personajes y referir sus hechos, «el relat dels fets ha de ser heroic per naturalesa i l'única manera d'aconseguir alguna cosa així per un home de la formació de Muntaner és, indubtablement, el recurs als models més obvis de l'èpica o, més pròpiament, del roman courtois vigents al seu entorn». Con respecto a estos modelos heroicos, véase Muntaner (2015: I, 240-246).

que Muntaner imagina la llegada de los emisarios sicilianos al campamento de Pedro II el Grande en la costa berberisca recuerda mucho a los relatos de obras como el ya citado *Tristan* en prosa o la *Queste du Saint Graal* sobre naves misteriosas que aparecen súbitamente en el horizonte, a bordo de las cuales viaja alguien que trae nuevas importantes o alguna petición de auxilio para quien las divisa desde la orilla (Aguilar en prensa). Con todo ello en mente, resulta razonable pensar que, al plasmar la batalla ante Constantinopla, Muntaner recurriera a los modelos narrativos con los que estaba más familiarizado; ayudaba a ello, sin duda, la propia naturaleza de la situación referida y el escenario en que esta se dio. De ser cierta esta hipótesis, Muntaner estaría siguiendo la estela de otro autor en cuya escritura se echa de ver igualmente el influjo de los mismos referentes culturales: se trata de Robert de Clari³³, quien en su *Conquête de Constantinople* narra la batalla que, al poco de desembarcar en la costa del Cuerno de Oro, enfrentó a los cruzados francos contra el emperador Alejo III Ángelo. Esta tuvo lugar también no muy lejos de los muros del noroeste de la capital imperial, cerca, pues, del palacio de Blanquerna, en cuyas ventanas, afirma Clari, se habían congregado muchas damas y doncellas griegas para contemplar el choque. Según el cruzado y cronista, estas espectadoras elogiaban la bella apariencia de los guerreros francos cabalgando sobre sus córcelos, comparándolos con ángeles:

Et les dames et les demiselles du palais estoient montees as fenestres, et autres gens de la cité, et dames et demiseles, estoient montees as murs de le chité, et esgardoient chevauchier chele batalle et l'empereur d'autre part, et disoient entr'ax que che sanloit des noes que che fussent ange, si erent il bel, pour chou qu'il estoient si belement armé et leur cheval si belement couvert (Clari 2004: 120).

Se antoja harto complicado que, desde su posición fuera de las murallas de Constantinopla, los cruzados (y Clari se hallaba entre ellos) pudieran escuchar las conversaciones de las damas supuestamente asomadas a las ventanas del palacio, del mismo modo que resultan difíciles de creer las palabras que, según Muntaner, dijo Andrónico «davant tuyt» (cap. 202) al ver a los catalanes perseguir y dar muerte a los genoveses. Para empezar, no sabemos siquiera desde dónde pudo presenciar el cronista los hechos que relata: ¿se hallaba también en Blanquerna, como miembro del séquito de Roger de Flor, o, por el contrario, vivió la contienda desde el campamento de la hueste? De otra parte, resulta sumamente sospechoso que el comentario del emperador venga a corroborar esencialmente la versión de los hechos ofrecida por Muntaner, esto es, que la pelea se originó por culpa de Rosso de Finale y los suyos, y que los almogávares no hicieron otra cosa que actuar en defensa propia ante una agresión injusta. A este respecto, conviene tener en cuenta la marcada tendencia del peraladense a poner en boca de personajes neutrales o antagonistas a los intereses de la Corona de Aragón elogios a los soberanos catalano-aragoneses o argumentos favorables a la causa que defienden. En efecto, el lector atento puede encontrar sin dificultad abundantes ejemplos de este recurso a lo largo de toda la *Crònica*, y es muy probable que en realidad las palabras atribuidas por Muntaner a Andrónico II no sean más que otra ocurrencia más del mismo fenómeno. Naturalmente, el recurso a estas «voces externas»³⁴ le permite al cronista, convertido en una suerte de ventríloquo, defender sus posiciones favorables a la dinastía de Barcelona bajo la apariencia de una cierta ecuanimidad.

7. La resolución del conflicto: un nuevo silencio de Muntaner

Muntaner explica que la complacencia con la que Andrónico observó la derrota genovesa se tornó en preocupación al constatar que los mercenarios catalanes se dirigían a Pera con claras intenciones de saquearla. Por eso llamó ante su presencia al megaduque Roger, ya convertido en *gambros* del emperador una vez oficiado su matrimonio con la princesa María, para ordenarle que fuera en busca de sus hombres y les ordenara regresar al campamento. La razón esgrimida por el emperador fue, según el cronista, que la salud de las finanzas del Imperio dependía hasta tal punto de los genoveses de Pera que, si esta fuera destruida, aquel quedaría completamente arruinado. Acompañado de sus capitanes, Roger se desplazó hasta el lugar de los hechos y puso fin a la matanza y la persecución de los ligures, para alivio y contento del emperador:

Et con la senyera dels jenoveses fo en terra, et En Rosso mort, et d'altres honrats hòmens, los almugàvers, matan lurs enemichs, volien anar barrejar En Pera [...] Et sobre açò, con l'emperador veé que se n'anaven En Pera barrejar, clamà lo magaduch et dix-li:

³³ La crítica ha prestado una atención considerable al estilo literario y los modelos culturales de los dos principales cronistas francos de la Cuarta Cruzada, Clari y Villehardouin: véanse, por ejemplo, Schon (1960); Dembowski (1963); Beer (1968); Dufournet (1973); Hartman (1977); Jacquín (1986).

³⁴ Aprovecho aquí el término utilizado por Colletta (en prensa), así como sus consideraciones con respecto al uso de esta técnica literaria por parte del cronista: «Muntaner se ne serva in certi casi come di una sorta di contrappeso, per bilanciare la sua presenza di autore, narratore e personaggio, e per attribuire a voci esterne, diverse dalla sua, gli argomenti più polemici e controversi espressi nella *Crònica* contro gli avversari politici della Corona d'Aragona. Quando il messaggio dell'autore è più scopertamente di parte, celebrativo e propagandistico, attribuirlo, anziché al narratore, a uno dei personaggi del racconto [...] equivale ad utilizzare un espediente di sicura efficacia per renderlo più credibile, presentandolo come oggettivo e condiviso».

–Fill, anats a aquesta vostra gent et fèts-los-ne tornar; que si En Pera barregen, l'emperi és consumat, que los jenoveses tenen molt del nostre tesor, et dels barons et de les altres gents del nostre emperi.

E tantost lo magaduch cavalchà en I cavayl, ab la maça en la mà, ab tots los richs-hòmens et cavallers qui ab ell eren anats, qui-l seguiren; et anà-sse'n vés la almugaveria, qui ja volien esvahir la vila d'En Pera, et féu-los-ne tornar. E axí l'emperador romàs molt pagat et alegra (cap. 202).

El relato muestra a Roger recorriendo el campo maza en mano, de acuerdo con lo que, según la tratadística medieval, debía hacer todo líder capaz ante eventuales desórdenes en sus filas. En efecto, según las *Partidas* (II, 28, 3), el arma esgrimida por el caudillo (una lanza, en el caso del texto castellano) en semejantes ocasiones era, además de un símbolo de su autoridad, un signo de advertencia, que podía ser empleado para castigar cualquier insubordinación («que el que derranchase que lo pudiese el cabdiello amenazar o maltraer de su palabra [...] et puede otrosí ferir a él o al caballo con palo o con asta de lanza [...] et si por aventura fuese porfiado que non lo quisiese dexar, puedel matar el caballo et ferirle el cuerpo», Alfonso X 1807: III, 318). En esta misma línea se expresa Francesc Eiximenis en el cap. 265 del *Dotzè*, en donde se explica que, en caso de surgir cualquier tumulto en la hueste (por ejemplo, una pelea), el condestable debe acudir de inmediato a sofocarlo, armado y guarnecido con sus vestiduras heráldicas y haciéndose acompañar por sus oficiales, quienes –si se trata de un ejército vinculado a la Corona de Aragón– deberán portar la enseña de las cuatro barras como símbolo de la autoridad real:

Per què, al colp que hou baralla, prena lo conestable ses cuyraces e cota de malla ab sos sobresenyals per tal que sia conegut mils, e ab una lança en la mà vaja vers aquell loch on serà la baralla. E si de present per la sua presència no volen lexar la baralla, percuda-los poderosament ab sa lança, e, passada la brega, fasa gran justícia. Axí mateix hi acórreguen tantost los alguatzirs ab lurs sobresenyals, los quals deuen ésser en aquest nostre regne d'Aragó, ab senyal reyal exters e d'Aragó, per ço que totes les gents de la host los coneguen e facen ço que lo conestable ordenarà d'aquells qui han fetes les bregues (Eiximenis 1484: f. 111v).

De nuevo, resulta oportuno comparar la versión de Muntaner (en donde, como hemos visto, Roger de Flor tiene un papel preponderante en el apaciguamiento de la situación) con la de Paquimeres, que narra un conflicto mucho más caótico, en el que se vieron involucrados no solo los catalanes y genoveses, sino también el propio alto mando bizantino. Según la fuente griega, tras comprobar el cariz que estaban tomando los acontecimientos Andrónico decidió enviar al lugar de la refriega a Esteban Muzalon, gran drungario de la armada imperial, para que calmase los ánimos entre unos y otros. La apuesta no funcionó, porque, en el fragor de la lucha, alguien (Paquimeres no dice de qué bando) dio muerte a Muzalon junto con el caballo que montaba. Fue tras conocer la muerte de su oficial cuando el emperador se avino a asumir el coste de la deuda que los genoveses reclamaban a la Compañía, a fin de evitar una mayor escalada de los enfrentamientos³⁵. Ya sea intencionadamente o no, Muntaner no dice nada acerca de este suceso tan controvertido.

8. Andrónico y la amenaza turca

Muntaner explica que, al día siguiente de la pelea con los genoveses, el emperador Andrónico hizo entrega de una nueva paga a los soldados de la Compañía y les ordenó que se dispusiesen a pasar a Abydos, en Asia Menor, para comenzar la campaña contra el turco («l'endemà fê-los donar altra paga, et que tuyt se apparallassen de passar en Bocha d'Aver et anar sobre los turchs», cap. 202). En este punto, el cronista introduce unas consideraciones acerca de cuál era, en la época de la llegada de los almogávares, el estado de las fronteras orientales del Imperio. Según nos dice, estas se hallaban desprotegidas y amenazadas ante las continuas investidas de un enemigo que hacía sentir su presencia en la región cada vez con mayor fuerza. Los cristianos que habitaban las ciudades sometidas por los turcos se veían obligados a entregarles como esposas a sus hijas; los varones nacidos de aquellas uniones eran circuncidados y criados como turcos (por lo que en el futuro pasarían a engrosar las filas de sus ejércitos), mientras que a las mujeres se les consentía que, si así lo deseaban, pudiesen profesar la religión cristiana:

en aquell punt havien tolt a l'emperador més de XXX jornades de terra de bones ciutats et villes et castells, e les havien subjugades, que-s trahutaven a ells. Et encara, que era major dolor: que si I turch volgués per muyler la filla del mellor hom d'aquelles ciutats o viles o castells qui a ells eren subjugats, que la li avien a donar per muyler lo pare o la mara o ls parents. Et si fills nexien, si eren mascles, feÿen-los turchs e ls fahien taylor del menbre, axí que eren sarraÿns; e si fos fembra, podia tenir qual lig se volia. Veus en quina dolor ne en quin subjugament estaven, et a gran deshonor de tota la crestiandat! (*ibid.*)

Lo cierto es que Muntaner no es el único autor occidental del periodo que, al hablar de las conquistas turcas en Anatolia, aporta este tipo de noticias sobre los *mixovarvaroi* (es decir, hijos de turco y cristiana): lo hace también, por ejemplo, el peregrino Ludolfo de Sudheim, autor de un *De itinere Terre Sancte* (escrito ca. 1350)

³⁵ Véase Paquimeres (1984-2000: IV, 436).

en el que se hace alusión a la práctica de estos matrimonios mixtos, aunque con un matiz ausente en el texto de la *Crònica*, puesto que el autor germánico explica que los turcos tampoco tenían reparos en dar a sus hijas en matrimonio a los griegos anatólicos:

Turci eciam sunt homines fortes in armis et optimi sagitarii, quorum terra est Minor Asya, quam olim Grecis proelio abstulerunt. Et sunt christiani ad legem Magumeti se habentes ex parte. Isti bene dant filiam christiano et accipiunt mulieres de christianis, sed si filius nascitur, sequitur legem patris et si filia nascitur, sequitur legem matris (Sudheim 1884: 375)³⁶.

Con el fin de reforzar la imagen de un Bizancio a punto del colapso y, por tanto, de justificar la necesidad de la expedición de la Compañía, Muntaner afirma que las huestes de los turcos acostumbraban a concentrarse en la orilla asiática frente a Constantinopla, tan cerca de la ciudad, de hecho, que el emperador podía verlos sin dificultad y ellos ver al emperador, al que mostraban las hojas de sus espadas desenvainadas en un claro gesto de amenaza. Tan solo la falta de una armada con la que cruzar el Estrecho impedía, por el momento, que la capital imperial cayese en sus manos:

Per què podets conèxer si havia mester que aquesta companya hi passàs, et majorment que en veritat tant havien los turchs conquest, que host feta venien davant Contestinobla (que no y havia mas I bras de mar al mig, qui no ha d' ampla II milles), et trahien les espaas e manassaven a l'emperador; e l'emperador tot ho podia veer. Per què veus ab quina dolor devia viure, que si aguessen ab què passassen aquell bras de mar, Contestinoble agueren haüt (cap. 202).

Aunque el juicio que acabamos de leer pueda parecer una exageración del cronista, cabe reconocer en él, sin embargo, algunos elementos de verdad. Así, en diferentes pasajes de su *Historia*, Paquimeres hace hincapié en que, en aquel tiempo, cualquier habitante de Constantinopla podía constatar a ojos vistas la proximidad del peligro, pues varias veces a lo largo de cada día contingentes de infantería y caballería de las tribus turcas recorrían la costa del otro lado del Estrecho y se les podía divisar perfectamente desde la ciudad, protegida únicamente por aquel breve brazo de mar³⁷. Sin embargo, resulta mucho más sospechoso la afirmación hecha por Muntaner de que Andrónico podía ver desde la costa europea (no aclara el catalán desde dónde exactamente, aunque para que la escena resultara mínimamente verosímil debería tratarse de la muralla este de la ciudad, y no del palacio de Blanquerna, demasiado lejano) cómo los turcos concentrados en la otra orilla lo amenazaban personalmente a él blandiendo sus espadas. Es razonable, en efecto, pensar que en este punto el cronista ha dado rienda suelta a su imaginación, y que para hacerlo se ha ayudado, de nuevo, de su bagaje literario, porque es un motivo de uso corriente tanto en los poemas épicos como en los *romans* de aventuras presentar a un personaje que otea el horizonte y ve aproximarse a sus enemigos, quienes a su vez lo ven también y le lanzan toda suerte de amenazas mientras cabalgan en pos de él (Rychner 1999: 130). Véanse, a modo de ejemplo, los siguientes versos de la canción de gesta francesa *Aliscans* (vv. 637-640), en los que se narra cómo ante los ojos del conde Guillermo de Orange se aparecen en una montaña cercana mil caballeros sarracenos, que al verlo se muestran con él tan poco amistosos como los turcos con Andrónico:

Li quens Guillelmes torna vers la montaigne.
Au dos le sivent .C.M. paien d'Espaigne;
n'i a celui n'ait penon ou enseigne,
tuit le menacent de ferir en l'entraigne (*Aliscans* 2007: 98).

Aunque en el pasaje ahora reproducido el contacto visual con el enemigo se produce a campo abierto, una variante del motivo, más cercana quizá a la puesta en escena imaginada por Muntaner, se da cuando un ejército llega ante las murallas de una ciudad o una fortaleza para asediarla y exige al señor de esta que la rinda de inmediato si desea salvar su vida. Así ocurre, por ejemplo, en el siguiente fragmento del *Roman de Waldef* (vv. 10928-10944), en el que la hueste del héroe Waldef, procedente de Thetford, sienta sus reales ante los muros de Londres, desde donde profieren amenazas contra el rey Fergus, que se halla dentro de la ciudad. Lo interesante de este texto es que el episodio del asedio es narrado desde una perspectiva múltiple: de un lado, se nos habla del estado de ánimo de los sitiadores; del otro, mediante una ticoscopia, de la irada reacción del rey Fergus al subir a una torre y contemplar al enemigo acampado a las puertas de la ciudad:

Li rois Waldef ist de Tiefford

³⁶ Sobre la situación de las tribus turcas en Anatolia en la época de la Compañía, véase Failler (1994). Los cambios culturales y religiosos que el avance turco trajo a la región son analizados en el ya clásico trabajo de Vryonis (1971), cuya visión, sin embargo, ha sido objeto de importantes matices en los estudios recogidos en Peacock - De Nicola - Nur Yildiz (eds.) (2016).

³⁷ Véase Paquimeres (1984-2000: IV, 422-424 y 450-452).

a mult grant joie e a deport,
 od ost qu'il ot assemblé,
 dunt il estoit mult esforcé,
 mult i demeine grant fierté.
 De jur en jur ont tant erré
 que il sunt a Lundres venus,
mult manacent le roi Fergus.
As pleines devant la cité,
la est lur ost tute loge;
lur pavelluns tendent e triés,
e avenlies a or listés.
Quant ço oï li rois Fergus
en une tur est munté sus,
e survit l'ost Waldef le pruz
e vit tant pavelluns tenduz,
mult estoit ... e irascuz (Roman de Waldef 1984: 166)³⁸.

En cualquier caso, parece existir una clara conexión –probablemente buscada por Muntaner– entre la escena de las huestes turcas lanzando sus amenazas al otro lado del mar y la de la masacre de los genoveses delante de Constantinopla, como parece sugerir el hecho de que en ambas el relato del cronista se centre en la perspectiva de Andrónico y en sus sentimientos ante el panorama que se ofrece a sus ojos. Así, en el pasaje relativo a los turcos, que cronológicamente cabe situar antes de la llegada de la Compañía a Bizancio, encontramos a un soberano que, impotente, contempla cómo sus enemigos se encuentran ya a las puertas de la capital bizantina (contribuye a reforzar esta imagen de impotencia, además, que Muntaner presente a un Andrónico atado de pies y manos en el plano interior a los designios de los genoveses, de quienes depende la supervivencia financiera bizantina). Por su parte, en el episodio de la masacre, que se produce recién llegados los almogávares a Bizancio, el emperador observa satisfecho cómo sus nuevos mercenarios castigan la soberbia de aquellos que se manejan en el Imperio como si este fuera un jardín de su pertenencia³⁹. En el primer caso, Andrónico es retratado como un mero títere; en el segundo, como alguien que intuye la posibilidad de sacudirse de encima los peligros –exteriores e interiores– que le tienen completamente sojuzgado. Muntaner, en suma, justifica la presencia de la Compañía en Bizancio presentándola no solo como un instrumento para la defensa de la fe cristiana, sino también como la única opción para el emperador y sus súbditos de liberarse de las miserias que padecen. En este sentido, la *Crònica* habla del comportamiento humanitario que los almogávares, al poco de llegar a Constantinopla, mostraron para con los refugiados que huían de las incursiones turcas en Anatolia, muchos de los cuales vivían hacinados en los vertederos de las afueras de la ciudad. Al parecer, viendo que nadie en la ciudad se apiadaba de su estado, los soldados de la Compañía decidieron compartir con ellos las provisiones que traían:

Que con nós érem en Contestinoble, cridaven «Fam!» les gents qui fugien del Nathalín per los turchs, et querien pa per amor de Déu, et geÿen per los famers, et no y avia grech negun qui los volgués res donar; et si y havia gran mercat de totes viandes. E los almugàvers, de pietat que n'havien, migpartien ab ells ço que devien menjar; sí que, per aquesta caritat que la nostra gent fahia, con en loch hostejaven, més de II millia pobres grechs que turchs havien deseretats los anaven darrera, et tuyt vivien ab nós (cap. 203).

En realidad, Muntaner parece repetir aquí el escenario dibujado en los capítulos relativos a la llegada de los catalano-aragoneses a Sicilia, en los que Pedro el Grande y sus hombres son presentados por el cronista como una fuerza enviada por Dios para liberar al pueblo siciliano de la opresión de Carlos de Anjou; solo que, si desde la óptica muntaneriana la lealtad de los sicilianos para con sus libertadores será el cimiento de una sólida alianza («Et Déus dón mala ventura qui aquesta fraternitat et amor voldrà departir, que molt és bona companyia: que hanc nuyl temps II nacions de gents no s'avengren tan bé con ells», cap. 71, II, 385), la soberbia y mezquindad de los griegos («los grechs han la hira de Déu sobre ells, que ells, qui res no valen, cuyden més valer que les altres gents del món», cap. 203), unida a la doblez traicionera de sus líderes, acabarán provocando la ruptura con la Compañía y que los turcos se enseñoreen definitivamente de casi toda Anatolia («Veus quin

³⁸ Véanse otras ocurrencias de esta variante en *Lestorie des Engles* (vv. 5791-5796): «Li Angevin e li Mansel, / par le comand Geffrei Martel, / vindrent al Mans, si la segerent, / de totes parz entur logerent, / e mult manacent cels dedenz, / e dient, “mar entrerent laienz”» (Gaimar 1888-1889: I, p. 246); *Le roman de la violette* (vv. 3694-3696): «Bien cuident livrer a torment / chiaus dedens et le chastel prendre. / Le signour manacent a pendre» (Montreuil 1928: 149).

³⁹ Cabe recordar aquí las palabras que la *Crònica* (cap. 227) atribuye al genovés Antonio Spinola cuando este se presentó ante los muros de Galípoli para exigir al capitán de la plaza, el propio Muntaner, que se la rindiera sin condiciones y que la Compañía abandonara el Imperio Bizantino: «que·ns manava e·ns dehia, de part del comun de Jènova, que nós exíssem de lur jardí, ço era, l'emperi de Contestinobla, qui era jardí del comun de Jènova». Sobre este pasaje, véase Badia (2016: 126), que sugiere la posibilidad de una influencia dantesca tras la imagen del jardín.

bé esdevench per les males obres de l'emperador et per la tració que'ns faheren; que tot lo Natholí se'n perdé, qui era restaurat, que agren turchs», cap. 228).

Por supuesto, para el griego Paquimeres las cosas fueron muy diferentes. También él habla de los campamentos de griegos anatólicos en los suburbios de Constantinopla, y de las deplorables condiciones de vida que en ellos se daban⁴⁰, pero en su *Historia* la actitud de los almogávares para con estas gentes y, en general, todos los habitantes del Imperio fue muy poco edificante: se dedicaban, nos dice, a despojarles por la fuerza de lo poco que los turcos les habían dejado, con lo que su llegada al Imperio no hizo sino redoblar las desgracias de los griegos⁴¹.

9. Conclusión

Es innegable que los capítulos de la *Crònica* relativos a la expedición de la Compañía a Bizancio constituyen un documento muy valioso sobre este importante episodio de la historia bizantina y de la Corona de Aragón, por ser Muntaner la única fuente occidental que se ocupa de él en detalle: de no ser por su *Crònica*, para reconstruirlo únicamente dispondríamos de los textos de los historiadores bizantinos Paquimeres o Grégoras, además de un conjunto de cierta entidad pero disperso de fuentes archivísticas, lo que seguramente se traduciría en una visión mucho más fragmentaria de los hechos. Sin embargo, aunque Muntaner vivió muy de cerca las vicisitudes del ejército almogávar, conviene en no pocas ocasiones leer *cum grano salis* su relato, pues en él se adivina una clara tendencia a maquillar u obviar los aspectos más controvertidos de la realidad histórica abordada⁴².

Buen ejemplo de ello es el cap. 202 de la *Crònica*, que narra el paso de la Compañía por Constantinopla. Como hemos visto, Muntaner atribuye a las provocaciones del pirata Rosso de Finale toda la responsabilidad del sangriento choque que enfrentó a catalanes y genoveses en las afueras de la ciudad, pero no dice nada de la suma que Roger adeudaba a los ligures por su apoyo logístico y financiero al pasaje a la Romania, y cuya reclamación por parte de estos fue lo que al parecer originó la trifulca. Tampoco explica que en el transcurso de los disturbios no solo cayeron muertos mucho genoveses, sino también un alto oficial bizantino enviado por Andrónico II para apaciguar la situación. Se trata, en efecto, de detalles ausentes en su libro, y que conocemos gracias a la *Historia* de Paquimeres: aunque cabe plantearse la duda de si al escribir sobre aquellos hechos el peraladense ignoraba o simplemente no recordaba las circunstancias aludidas por el historiador griego, lo más probable, teniendo en cuenta las responsabilidades que detentaba en la época de los sucesos y su modo de proceder al recrear otros hechos históricos en el resto del libro, es que las tuviera presentes y prefiriera silenciarlas.

Para construir su versión del episodio constantinopolitano, Muntaner se vale de algunos efectistas recursos narrativos. Así, la evolución del combate contra el contingente de Rosso de Finale es narrada en parte desde la perspectiva del emperador Andrónico, que observa desde su palacio de Blanquerna cómo se desarrollan los acontecimientos y reacciona –primero con alegría, luego con cierta preocupación y finalmente de nuevo con alegría– ante el diverso cariz que estos van adoptando; se trata de un procedimiento que recuerda las ticoscopías o panoramas épicos que encontramos en los cantares de gesta o en los *romans courtois*, que eran precisamente los principales modelos literarios de nuestro autor. Asimismo, destaca el hábil uso que este hace del discurso directo, al poner en boca del espectador Andrónico unas consideraciones sobre la batalla que vienen a corroborar punto por punto la versión que él mismo nos ha ofrecido en su narración (esto es, que la batalla empezó por culpa de los genoveses y fue rotundamente ganada por los almogávares). Finalmente, cabe apuntar también como rasgo estructural del capítulo la existencia de un juego de oposiciones conscientemente buscado por el cronista, que contrapone la imagen de un Andrónico angustiado ante la visión de las huestes turcas a pocas millas de la ciudad a la de un Andrónico feliz al comprobar desde su palacio las aptitudes militares de los guerreros de la Compañía. En definitiva, mediante la utilización de estas técnicas, Muntaner convierte en un nuevo triunfo para las armas de Aragón lo que más bien debió de ser una poco recomendable carta de presentación de la Compañía ante un emperador al que cabe imaginar mucho más preocupado de lo que en la *Crònica* se cuenta.

⁴⁰ Véase Paquimeres (1984-2000: IV, 452).

⁴¹ Paquimeres (1984-2000: IV, 456-458).

⁴² Téngase en cuenta, por supuesto, que la falta de fiabilidad de la que se suele acusar a Muntaner no es ni por asomo un hecho extraordinario ni novedoso: puede ser imputada también a muchos historiadores de la Antigüedad, como Heródoto, Tácito o Livio, o a tantos otros destacados exponentes de la historiografía medieval, como por ejemplo Jean Froissart (para este último caso, véase Ainsworth 1990).

Bibliografia

- Aguilar, Josep Antoni (2007): «“Lo rey d’ Aragó no ns fa sinó greuges e vilanies!”: papat i casa d’ Aragó a la *Crònica* de Muntaner (II)». *Estudis Romànics* 29: 109-142.
- Aguilar, Josep Antoni (2012): «*The lion in winter*: la figura de Jaume I del *Llibre dels feits* a la *Crònica* de Ramon Muntaner», en *El Llibre dels feits. Aproximació crítica*, Albert Hauf (ed.), pp. 211-238. València: Acadèmia Valenciana de la Llengua.
- Aguilar, Josep Antoni (en premsa): «Pere el Gran, d’Alcoll a Sicília: apunts sobre l’art literari de Ramon Muntaner», en *Ramon Muntaner: fets, dits i «veres veritats» (1265-2015)*, Xavier Renedo (ed.). Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat.
- Ainsworth, Peter (1990): *Froissart and the Fabric of History*. Nueva York: Oxford University Press.
- Alfonso X (1807): *Las siete Partidas*, Real Academia de la Historia (ed.). Madrid: Imprenta Real, 3 vols.
- Aliscans* (2007): Claude Régner (ed.). París: Champion.
- Badia, Lola (1993): «Veritat i literatura a les cròniques medievals catalanes: Ramon Muntaner», en *Tradicció i modernitat als segles XIV i XV: estudis de cultura literària i lectures d’ Ausiàs March*, pp. 19-38. València - Barcelona: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana.
- Badia, Lola (2016): «I versi strani del *Sermó* di Muntaner». *Quaderns d’italià* 21: 113-130.
- Balard, Michel (1978): *La Romanie génoise (XIIe - début du XVIe siècle)*. Roma: École française de Rome, 2 vols.
- Balard, Michel (1998): «Les formes militaires de la colonisation génoise», en *Castrum 3, Guerres, fortifications et habitats, dans le monde méditerranéen au Moyen-Âge*, André Bazzana (ed.), pp. 67-78. Roma: Casa de Velázquez.
- Beer, Jeannette (1968): *Villehardouin: Epic Historian*. Ginebra: Droz.
- Bohigas, Pere (1982): «La Matèria de Bretanya a Catalunya», en *Aportació a l’estudi de la literatura catalana*, pp. 277-294. Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat.
- Çetinkaya, Haluk (2018): «The Kosmidion of Constantinople», en *Life is short, Art long. The Art of Healing in Byzantium: New Perspectives*, Brigitte Pitarakis y Gülru Tanman (eds.), pp. 127-138. Estambul: Istanbul Research Institute.
- Clari, Robert de (2004): *La Conquête de Constantinople*, Jean Dufournet (ed.). París: Champion.
- Colletta, Pietro (en premsa): «Ramon Muntaner e il regno di Sicilia», en *Ramon Muntaner: fets, dits i «veres veritats» (1265-2015)*, Xavier Renedo (ed.). Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat.
- Comnena, Ana (1989): *Alexiada*, Emilio Díaz Rolando (ed.). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Dembowski, Peter (1963): *La Chronique de Robert de Clari: étude de la langue et du style*. Toronto: University of Toronto Press.
- Doria, Iacopo (1863): *Iacobi Aurie Annales*, Georg Heinrich Pertz (ed.). Hannover: Impensis Bibliopolii Aulici Mahniani (MGH, *Scriptorum*, XVIII).
- Dufournet, Jean (1973): *Les écrivains de la quatrième croisade: Villehardouin et Clari*. París: Société d’édition d’enseignement supérieur.
- Duran, Daniel (2003): «Els catalans i els mallorquins a la Mar Negra», en *Els Catalans a la Mediterrània oriental a l’Edat Mitjana*, Maria Teresa Ferrer i Mallol (ed.), pp. 191-220. Barcelona: Institut d’Estudis Catalans.
- Eiximenis, Francesc (1484): *Dotzè del Crestià*. València: Lambert Palmart.
- Epstein, Steven (2004): *Purity Lost: Transgressing Boundaries in the Eastern Mediterranean, 1000–1400*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Failler, Albert (1994): «Les émirs turcs à la conquête de l’Anatolie au début du 14e siècle». *Revue des études byzantines* 52: 69-112.
- Ferrer i Mallol, Maria Teresa (1996): «Catalans i genovesos durant el segle XIII: El declivi d’una amistat». *Anuario de Estudios Medievales*, 26 (2): 783-824.
- Frappier, Jean (1955-1983): *Les chansons de geste du cycle de Guillaume d’Orange*. París: Société d’édition d’enseignement supérieur, 2 vols.
- Gaimar, Geffrei (1888-1889): *Lestorie des Engles solum la translacion maistre Geffrei Gaimar*, Thomas Duffus Hardy y Charles Trice Martin (eds.). Londres: H.M. Stationery Office, 2 vols.
- Harris, Jonathan (2014): *Byzantium and the Crusades*. Londres: Bloomsbury.
- Hartman, Richard (1977): *La Quête et la croisade: Villehardouin, Clari et le Lancelot en prose*. Nueva York: Postillion Press.
- Hauf, Albert (2004): «Les cròniques catalanes medievals: notes entorn a la seva intencionalitat», en *Història de la historiografia catalana*, Albert Balcells (ed.), pp. 39-75. Barcelona: Institut d’Estudis Catalans.
- Jacoby, David (2015): «The Catalan Company in the East: The evolution of an Itinerant army (1303-1311)», en *The Medieval Way of War: Studies in Medieval Military History in Honor of Bernard S. Bachrach*, Gregory Halfond (ed.), pp. 153-182. Farnham: Routledge.
- Jacquín, Gérard (1986): *Le style historique dans les récits français et latins de la quatrième croisade*. París: Slatkine.
- Janin, Raymond (1969): *Les églises et les monastères de Constantinople*. París: Institut français d’études byzantines.
- Kidonopoulos, Vassilios (1994): *Bauten in Konstantinopel 1204-1328: Verfall und Zerstörung, Restaurierung, Umbau und Neubau von Profan- und Sakralbauten*. Wiesbaden: Harrassowitz.
- Legros, Huguette (1999): «Constantinople, la mirable cité», en «*Plaist vos oïr bone cançon vallant?*». *Mélanges de langue et de littérature médiévales offerts à François Suard*, Dominique Boutet - Marie-Madeleine Castellani - Françoise Ferrand - Aimé Petit (eds.), vol. I, pp. 527-536. Lille: Conseil Scientifique de l’Université Charles de Gaulle - Lille 3.
- Le Roman de Tristan en prose* (1987-1997): *Le Roman de Tristan en prose*, Philippe Ménard (ed.). Ginebra: Droz, 9 vols.
- Le Roman de Waldef* (1984): *Le Roman de Waldef (Codex Bodmer 168)*, Anthony John Holden (ed.). Coligny - Ginebra: Fondation Martin Bodmer.
- Macrides, Ruth - Munitiz, Joseph. A. - Angelov, Dimiter (2013): *Pseudo-Kodinos and the Constantinopolitan Court: Offices and Ceremonies*. Birmingham: Ashgate.
- Magdalino, Paul (2000): «The Maritime Neighborhoods of Constantinople: Commercial and Residential Functions, Sixth to Twelfth Centuries». *Dumbarton Oaks Papers* 54: 209-226.

- Magdalino, Paul (2007): «Medieval Constantinople», en *Studies in the History and Topography of Byzantine Constantinople*, pp. 1-111. Aldershot: Ashgate.
- Maguire, Henry (2000): «Gardens and parks in Constantinople». *Dumbarton Oaks Papers* 54: 251-264.
- Manfroni, Camillo (1896-1898): «Le relazioni fra Genova, l'Impero bizantino e I Turchi». *Atti della Società ligure di storia patria* 28: 575-858.
- Mango, Cyril (1994): «On the Cult of the Saints Cosmas and Damian at Constantinople», en *Thymiama stê mnêmê tês Laskarinas Mpoura*, Laskarina Philippidou-Mpoura (ed.), pp. 189-192. Athinai: Benakê Museum.
- Marcos, Ernest (2005): *Almogàvers: la història*. Barcelona: L'esfera dels llibres.
- Martin, Jean-Pierre (1987): «“Vue de la fenêtre” ou “panorama épique”: structures rhétoriques et fonctions narratives», en *Au carrefour des routes d'Europe: la chanson de geste*, Société Rencesvals (ed.), vol. II, pp. 859-878. Aix-en-Provence: Publications du Cœur Ma.
- Montreuil, Gerbert de (1928): *Le roman de la violette ou de Gérard de Nevers*, Douglas Labaree Buffum (ed.). Paris: Société des anciens textes français.
- Muntaner, Ramon (2015): *La Crònica de Ramon Muntaner: edició i estudi (Pròleg – capítol 146)*, Josep Antoni Aguilar (ed.). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2 vols.
- Origone, Sandra (1992): *Bisanzio e Genova*. Génova: Edizioni Culturali Internazionali Genova.
- Paquimeres, Jorge (1984-2000): *Relations historiques*, Albert Failler (ed.). Paris: Institut français d'Études byzantines, 5 vols.
- Pavoni, Romeo (1981): *I simboli di Genova alle origini del comune*. Génova: Civico Istituto Colombiano.
- Peacock, Andrew Charles Spencer - De nicola, Bruno - Nur Yildiz, Sara (eds.) (2016): *Islam and Christianity in Medieval Anatolia*. Nueva York: Routledge.
- Pistarino, Geo (1992): *I signori del Mare*. Génova: Civico Istituto Colombiano.
- Rubió i Lluch, Antoni (1927): «Paquimeres i Muntaner». *Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica* 1 (2): 33-60.
- Rychner, Jean (1999): *La chanson de geste: essai sur l'art épique des jongleurs*. Ginebra: Droz.
- Salguero, José María (2001): «Un análisis de *Bizancio* de Ramón J. Sender». *Cátedra Nova* 14: 393-404.
- Salvi, Guglielmo (1933): «Per la storia del Finale. Tre quistioni di storia finalese». *Atti della Società ligure di storia patria* 61: 81-276.
- Schon, Peter (1960): *Studien zum Stil der frühen franzoesischen Prosa (Robert de Clari - Geoffroy de Villehardouin - Henri de Valenciennes)*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann.
- Sender, Ramón José (2000): *Bizancio*. Barcelona: Montesinos.
- Schrijver, Frouke (2013): *The early Palaiologan court (1261-1354)*. Birmingham: University of Birmingham.
- Sobré, Josep Miquel (1978): *L'èpica de la realitat: l'escriptura de Ramon Muntaner i Bernat Desclot*. Barcelona: Curial Edicions Catalanes.
- Sudheim, Ludolfo de (1884): *De itinere Terre Sancte*, Wilhelm Anton Neumann (ed.). *Archives de l'Orient Latin* 2: 305-377.
- Talbot, Alice-Mary (1993): «The restoration of Constantinople under Michael VIII». *Dumbarton Oaks Papers* 47: 243-261.
- Troyes, Chrétien de (1994): *Le Chevalier au Lion*, David Hult (ed.). Paris: Livre de Poche.
- Van Der Vin, Josephus Paulus Antonius (1980): *Travellers to Greece and Constantinople: ancient monuments and old traditions in medieval travellers' tales*. Leiden: Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut te Istanbul, 2 vols.
- Villehardouin, Geoffroi de (1938-1939): *La conquête de Constantinople*, Edmond Faral (ed.). Paris: Les Belles Lettres, 2 vols.
- Vryonis, Speros (1971): *The Decline of Medieval Hellenism in Asia Minor and the Process of Islamization from the Eleventh to the Fifteenth Century*. Berkeley: University of California Press.